

Aves peregrinas

Dicen que cuando Picolargo y Alatiesa hicieron su nido sobre la rama de un árbol, cierto día notaron que en el mismo había un huevo más.

—¿No teníamos cuatro huevos? — preguntó Picolargo.

—Cierto — contestó Alatiesa.

—Pues este quinto huevo, ¿quién lo habrá puesto en el nido?

Sonó un pequeño ruido entre las ramas y Picolargo observó como un pájaro se lanzaba sobre una oruga peluda.

—¡Ah, pillín!, ya sé quién puso el quinto huevo en nuestro nido para que se lo incubásemos; fué el pájaro cuco.

Y cogiendo el huevo lo lanzó fuera del nido.

—¡Eh, pájaro cuco!, ahí tienes el huevo que pusiste en nuestro nido, créeme, cómprate una incubadora.

Después de aquel suceso, los huevos del nido se abrieron. Nacieron las crías, y después vinieron más huevos y más crías, formando con las demás aves de su raza una gran bandada, hasta que un día fué septiembre.

La noche llegó corriendo bajo los árboles, avisando a los pájaros para que emprendieran su vuelo.

Poco a poco todas las aves fueron tomando altura, hasta llegar a más de dos mil metros. Entonces pusieron rumbo al sur. Había llegado el otoño, y aquél era el primer día en su viaje de regreso.

El alimento escaseaba ya en las tierras nortañas, y como todos los años, reemprendían su viaje, después del verano.

Picolargo, el más veloz de la bandada, cortaba el cielo delante de todos; a su lado volaba su esposa Alatiesa, y, así, veloces, sin decir ni pío, se iban alejando de aquellas tierras fértiles en las que caían ya las primeras gotas de lluvia.

Después de varias horas de vuelo, de pronto algo raro se respiró en la atmósfera.

—¡Tormenta! — gritó Picolargo.

Ahora toda la bandada piaba sin cesar para no dispersarse. Eran más de mil pájaros y, vistos desde la tierra, parecían un enjambre de avispa.

Empezó a llover intensamente, luego arreció el viento en forma de ráfagas de agua, lanzando a las aves de un lado para otro. Un rayo partió el cielo. Más de la mitad de la bandada huyó despavorida, perdiéndose en la atmósfera. Ya no se les vió más.

El resto de las aves continuaron volando juntas, piando, para no dispersarse.

De pronto, Picolargo exclamó con horror:

—¡El faro de la costa!

Sabía lo que esto significaba. En sus múltiples viajes había visto muchas desgracias en los faros nocturnos de la costa y trató de persuadir a la bandada del peligro.

—¡Alejaros del faro!

Pero las aves apenas le oían y gritaban eufóricas:

—¡El sol! ¡El sol!

—¡Falso!, no es la luz del día, es una falsa luz de

la noche, alejaros de ella!

Ellas no hicieron caso. La potente luz las atraía mágicamente, cual potente imán.

Durante la noche los pájaros nublaron los haces luminosos del faro, estrellándose contra el mismo y cayendo rendidas a los pies del gigante luminoso.

Al amanecer, sobre las aguas del mar, en las rocas del acantilado, se veían por doquier los cuerpos de las desgraciadas aves que no hicieron caso del aviso del viejo Picolargo.

Este y Alatiesa, llenos los ojos de lágrimas, juntaron sus alas:

—¡Qué desastre! — exclamó Alatiesa.

Sonó la sirena de un barco.

—¡Oyes, es el canto fúnebre del mar por los pájaros muertos.

—Sí, lo oigo, pero seca tus lágrimas, Alatiesa. Remontaremos el vuelo muy alto, lejos, más allá del África, a la India. Allí construiremos, como el pájaro Baya, un nido luminoso con luciérnagas vivas que cazaré en el bosque. En ese nido luminoso incubarás cientos de huevos formando una enorme banda que nublará el sol.

—¡La India! ¡El pájaro baya!, qué ilusión — contestó Alatiesa —; pero, ¿no oyes todavía el canto fúnebre del mar?

—No; oigo un ruido raro como si se acercase un avión.

—¿No será la tormenta que vuelve?

Pronto se dieron cuenta de lo que ocurría. En el cielo aparecieron más de quinientas aves, la mitad de la bandada que había quedado dispersa por los rayos antes de divisar el faro, regresaban ahora en perfecta formación.

—¡Pío! ¡Pío!, gritaron entusiasmados Picolargo y Alatiesa.

La bandada se posó sobre las rocas formando algazara y comentando los sucesos, hasta que decidieron continuar su viaje.

En aquel instante, del fondo de la tierra apareció un pájaro desconocido.

—Buenas tardes, señores pájaros. Permítanme que me presente; soy el pájaro Frailecillo, construyo mi nido a más de un metro de profundidad, donde no llegan las aves de rapiña, ni me alucina la falsa luz del faro en la noche. Sólo he salido de mi celda para que meditéis sobre la suerte de vuestras hermanas muertas ayer noche en el faro. Vigilad, porque a lo largo de vuestra ruta, por toda la costa, hay faros luminosos, alejaos de ellos y seguid por el camino recto que os lleva a las tierras cálidas, donde encontraréis el alimento.

El frailecillo levantó su ala derecha y bendijo la bandada:

—¡Buena suerte, pájaros peregrinos!

—¡Adiós, frailecillo!

La noche llamó de nuevo a los pájaros, que siguieron su ruta salpicando la luna de pequeñas manchas negras. Y así muchas noches hasta llegar por fin sanas y salvas a las tierras cálidas del sur.

SANTIAGO MARSAL